

Los piratas en Cartagena

Escribe: SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

CUADRO QUINTO (Conclusión)

CAPITULO IX

EL CASTILLO DE SAN LAZARO

Han transcurrido quince días desde aquel en que los ingleses, después de destruir los fuertes que defendían a Boca Chica, habían penetrado en la bahía de Cartagena; y después de reñidísimos combates y grandes pérdidas de vidas, tanto con las balas españolas como con las fiebres; después de tomar los fuertes que se hallaban en Manzanillo y en la punta de Cruz Grande —abandonados por los españoles para hacerse fuertes dentro de los muros de la ciudad de Cartagena—; después de una campaña peligrosísima, en la cual, cada vez que daban un paso adelante, era a costa de enormes sacrificios; después de desembarcar algo más de cuatro mil hombres en el Tejar de Gracia el día 5 de abril (1), al fin los ingleses tomaron tierra y acamparon en la isla de Manzanillo, y se encontraron en peor predicamento que nunca: cada día, cada hora, ocurría una muerte; y no solo les faltaban abrigo, comodidades y alimentos frescos, sino que escaseaba el agua misma, y el descontento era general.

Entre tanto, ¿qué hacían los dos jefes principales para aliviar a su tropa? Reñir entre sí sin cesar, y mandarse recados, a cual más altaneros. El almirante Vernon procuraba economizar sus marinos lo más posible, y pretendía que fuesen los soldados de línea los que hiciesen todas las operaciones contra los españoles; el general Wentworth, por su lado, nada quería emprender sin el auxilio de los buques, y prefería permanecer inactivo... Entre tanto, los desgraciados ingleses morían como moscas, se pasaba el tiempo y empezaba la estación más malsana en aquellas costas, sin que en realidad hubiesen llevado a cabo cosa muy sorprendente, militarmente hablando.

(1) El señor Groot (*Historia Eclesiástica*), dice equivocadamente que fue el 16 de dicho mes.

Tomado el convento de La Popa, Wentworth vio desde allí que nada adelantaría sin hacerse dueño del fuerte de San Lázaro (cuyas ruinas se llaman hoy las de San Felipe de Barajas); y en un consejo de guerra reunido el 7 de abril, se acordó levantar una batería en tierra firme, para que, ayudada por un navío y algunas bombarderas que se situasen entre la península de la Boca Grande y una lengua de tierra, auxiliase a los que atacaran el fuerte, escalando el cerro en que se halla y de donde se dominan la ciudad y las adyacentes campiñas.

Cuando llevaron al almirante Vernon la noticia de lo que había dispuesto el consejo de guerra presidido por el general Wentworth, sonriose el marino con aire despreciativo, y exclamó, volviéndose a los que le rodeaban:

—¡Vaya un consejo de sabios!... ¡Vean ustedes si Wentworth y sus compañeros son ineptos! Temen atacar un fuerte tan despreciable (1) como es aquel, y pretenden fabricar una batería que el enemigo no aguarde a ver terminada antes de abandonar el puesto.

—¿Y qué contestación da su excelencia a lo del bombardeo por los buques, en combinación con el ataque terrestre?, preguntó uno de los mensajeros.

—Mientras que el hábil ingeniero fabrica su famosa batería, respondió Vernon con acento irónico, yo tendré tiempo de responder a la petición que se me ha hecho.

—Pero...

—¡He contestado!, exclamó con imperio el almirante; pueden ustedes repetir lo que he dicho.

Retiráronse los enviados, indignados con los modales soeces y altaneros del almirante, y este se quedó solo con nuestro antiguo amigo Keith, al cual por tanto tiempo habíamos abandonado.

Nombrado capitán de uno de los buques que naufragaron en la bahía de Vizcaya, se había quedado sin colocación; pero a la llegada de la escuadra de sir Chaloner Ogle a Jamaica, el almirante Vernon le había dado el destino de jefe de su estado mayor, en el cual servía, aunque no dejaba de sufrir mucho con el mal carácter de su jefe.

—Su excelencia, dijo Keith, dirigiéndose al almirante, desprecia erróneamente la fortaleza de San Lázaro; se de una manera positiva que las guarniciones que se han retirado de otros puntos han sido enviadas a aquel castillo, en donde sin cesar se trabaja en reforzarlo y montar cañones.

—Lo se, contestó el almirante; pero a pesar de todo eso, estoy seguro de que no hay nada más fácil que tomarlo con los cuatro mil hombres que tiene Wentworth...

—Pero no sin el auxilio de las bombarderas, que su excelencia no debe negar al general.

(1) Palabras textuales de Vernon.

—¿Presume usted darme consejos?, dijo el almirante mirando con enojo al capitán.

—Yo nada presumo; pero...

—¡Puede usted dejarme solo!, repuso Vernon.

—Así lo haré, contestó el otro, reprimiéndose con dificultad, y salió inmediatamente del camarote del almirante, ciego de ira y resuelto a no continuar a su lado. Se había colmado la medida de su paciencia, y prefería truncar su carrera, si fuese preciso, más bien que verse continuamente humillado por su jefe.

Una hora después Vernon recibió una petición firmada por Keith, en la cual le decía que, fatigado con la inacción en que forzosamente se encontrarían los marinos en adelante, y deseoso de señalarse de alguna manera en la toma del castillo de San Lázaro, suplicaba al almirante le diese licencia para tomar el mando que le ofrecían de un batallón, cuyo jefe había muerto la noche antes, y no había quién le reemplazara. El regimiento a que pertenecía el batallón era de americanos, e iba a ser enviado al general Wentworth.

El almirante accedió a la petición sin dificultad, y Keith se trasladó a tierra, sin despedirse del almirante, y sin pensar que jamás se volverían a ver en este mundo. Cuando Keith llegó al campamento de Wentworth, encontró preparándose para el próximo ataque del castillo de San Lázaro. Habíase reconocido que sería imposible levantar una batería útil en aquel punto sin despejar primero el bosque y los matorrales que cubrían el terreno; esos trabajos, en la estación de sequedad que empezaba, serían impracticables, y morirían en ellos todos los trabajadores que lo intentasen, pues escaseaba el agua de las cisternas, y era preciso ya reembarcar la tropa, si no querían perderla toda, o hacer un último esfuerzo para apoderarse de San Lázaro primero, y después de la ciudad.

Empezaba a caer la tarde del día 8 de abril cuando el general Wentworth reunió por última vez, antes del asalto, un consejo de guerra compuesto de todos los oficiales, entre los cuales se hallaba Keith, que acababa de desembarcar con su batallón.

—Señores, dijo el general, las noticias que he recibido de los desertores, así como de los prisioneros que acabamos de hacer, me han hecho considerar que no debemos perder una hora en la empresa de asaltar el castillo de San Lázaro; noticias confirmadas por algunos espías que envié hasta las cercanías del fuerte. Unos y otros me han asegurado, por una parte, que cada día se fortalece más el castillo, y por otra, que no hay foso al pie de las murallas, como se decía y que estas son mucho menos altas de lo que creíamos, y pueden fácilmente ser asaltadas con nuestras escalas. Tiene la palabra el señor Moore, que, disfrazado para escapar del peligro, estuvo hoy mismo rodeando el fuerte; él padrá daros, señores, todos los pormenores que necesitéis.

—Efectivamente, dijo este (que era un joven pequeño y lampiño, pero de aspecto vivo e inteligente); efectivamente, según lo que pude ver, hay un camino por la derecha del fuerte, que es ancho y cómodo, y nos puede llevar, sin ser casi sentidos, hasta el pie de las murallas; a la izquierda,

por donde no pude ir, me aseguró un desertor que tengo en mi poder, que se encuentra una puerta de madera, mal defendida casi siempre y que fácilmente se podrá forzar, a la cual dicho desertor ha ofrecido conducirnos con seguridad, a riesgo de perder la vida, si no anda derecho.

Apenas hubo concluido de hablar el joven Moore, lo hizo otro inglés, que también había reconocido la fortaleza la noche anterior; pero este no pudo dar pormenores satisfactorios de lo que había visto. Llamaron en seguida a los prisioneros y a los desertores, y les hicieron muchas preguntas, que tampoco fueron muy del gusto de todos los oficiales, los que no podían menos que desconfiar de gentes de quienes los unos decían se habían escapado de la fortaleza en que se hallaban sus compatriotas, para ir a buscar a los enemigos, y los otros, que se habían ido a pasear por las inmediaciones del campamento de los ingleses, dejándose coger prisioneros sin mucha dificultad. Había, pues, mucho riesgo de que aquellas gentes fuesen enviadas como espías al campamento para perder a los ingleses.

Dos de los oficiales más importantes del ejército protestaron contra el plan que se les propuso de atacar aquella fortaleza de noche, y guiados por desertores y prisioneros; pero el general Wentworth se empeñó en ello; no había para la expedición, dijo, otro remedio ni probabilidad de obtener alguna victoria contra los españoles, sino resguardándose en el corazón de sus fortificaciones, que parecían inexpugnables. Necesitaba levantar el ánimo de las tropas, que estaban no solo aterradas con los obstáculos que les ofrecían los muros de la ciudad, muchísimo más difíciles de forzar que los castillos de la bahía, sino que las espantaba el contagio de la fiebre que había diezmado el ejército. Se discutió y concertó, pues, el plan de ataque para esa madrugada; plan que fue comunicado inmediatamente por los mayores del ejército a los jefes y oficiales.

CAPITULO X

EL ASALTO

La noche, que había empezado sumamente oscura, se despejó de las doce para adelante, merced a ciertas ráfagas de viento que limpiaron el cielo y pusieron al descubierto las estrellas.

A las dos en punto de la mañana de aquel día nueve de abril, que tan aciago fue para los ingleses, las tropas se hallaban desplegadas y formadas sobre la playa, al lado opuesto del estero que divide la isla de Manzanillo de la Tierra Firme.

Debíase asaltar la fortaleza por dos lados al mismo tiempo, confiando en que, a una señal dada, las bombarderas pedidas al almirante cumplirían con su deber desde la bahía. El brigadier general Guise era el comandante del asalto, y debía tomar el camino de la derecha del castillo, mientras que el coronel Grant tomaría la vía de la izquierda y forzaría la puerta de madera de que había hablado el desertor. Al general Wentworth tocaba quedarse abajo con la reserva, la cual entraría en batalla, si no alcanzaban la victoria.

Las estrellas titilaban en el cielo, y algunos luceros brillaban tanto, que daban una luz casi tan viva como la luna, cuando el ejército rompió marcha en silencio y se dirigió hacia el castillo que se distinguía en la cumbre del cerro, negro, severo e imponente.

Rompieron la marcha los granaderos por el lado derecho, seguidos por el batallón americano que interinamente mandaba el capitán Keith. Como el clima quitaba las fuerzas a los granaderos, se les quiso aliviar del peso de los morrales en que cargaban las granadas de mano, los cuales fueron confiados a un destacamento del batallón americano, que llevaba las escalas, para que en el momento del ataque les devolviesen los morrales con las granadas, y ellos echasen las escalas al muro, según se les mandase.

Pero no bien empezó la marcha, cuando comenzó a encapotarse el cielo, el cual se fue poniendo a cada momento más oscuro, hasta que todos quedaron sumergidos en profundas tinieblas. Nada se veía ya, y como era prohibido llamar o hacer ruido alguno, unos y otros se guiaban solo por el rumor que hacía la tropa al marchar y el brillo fugitivo de las armas al moverse.

Sea que el guía que debía señalar la marcha por la derecha del fuerte les hiciese voluntaria traición, o que equivocase el camino, con motivo de la extraordinaria y repentina oscuridad de la noche, lo cierto es que en lugar de llevarles por la buena vía, les hizo tomar una vereda por el frente mismo del castillo, vereda escarpadísima, descubierta y a la vista de los centinelas que allí velaban. No bien estuvo la tropa inglesa a una cuadra de distancia del castillo, cuando corrió la voz de alarma en el interior de sus muros, y recibieron de repente los que avanzaban adelante una descarga de artillería, que dejó sobre el campo muchos muertos, mutilados y heridos; pero, no obstante esto, los enemigos continuaron avanzando intrépidamente hasta el pie mismo de los muros. Allí asaltaron las primeras trincheras españolas, en donde se trabó un espantoso y mortal combate. Entre tanto el coronel Grant llegaba a la puerta de madera, guiado por un desertor portugués.

Este se adelantó solo, dejando a los demás atrás.

—¿Quién vive?, le gritaron desde adentro.

—¡España y Felipe V!, contestó él.

—¡Haga alto!, le contestaron.

El otro se paró.

—Vengo a hablar con el capitán Perol, dijo el desertor.

—¿Quién es usted?, le preguntaron.

—Miguel Continho, que quedó fuera de los muros por equivocación ayer de mañana.

—¡Es un desertor!, gritó uno adentro. ¡Y un traidor!, añadió, pues veo muchas sombras más lejos.

—¡Enemigos!, exclamó un centinela.

—¡Apunten, fuego!, se oyó que dijo el capitán Perol, y una descarga cerrada barrió la vanguardia del enemigo. Entre estos murió el desertor portugués, a pesar de que había tratado de huír al verse reconocido por los de adentro.

El coronel Grant avanzó entonces para no dar tiempo a que volviese a cargar el enemigo, y lanzándose sobre la puerta de madera, mandó poner las escalas que llevaba prevenidas; pero resultaron demasiado cortas. Entre tanto, el fuego continuaba empeñado entre los asaltantes y los defensores, con brío singular.

Viendo aquello el coronel Grant, quiso tomar otra vía y atacar la fortaleza por otro lado, pues en aquel sitio sus soldados sufrían la muerte sin poder hacer daño alguno a los españoles, que se defendían con una sorprendente actividad, sin dejar de hacer fuego un momento; pero no supo qué hacer al pie de muros desconocidos y sin quien le condujese a otra parte, y resolvió, lleno de coraje y desesperación, volver a embestir la cerrada puerta, llevando a ello todo el regimiento que comandaba.

—¡A ellos!, gritó con una voz estentórea que se oyó clara en medio de la estridente fusilería y los roncós cañonazos. ¡Mueran los españoles!, añadió con la espada desenvainada, arrojándose al asalto por encima de los cadáveres tendidos al pie de las fortificaciones. Pero aquel valor y denuesto fueron inútiles: no bien hubo dado algunos pasos, cuando cayó mortalmente herido, y los que le acompañaban retrocedieron espantados. Entonces el oficial que le sucedía en el mando, no sabiendo qué hacer en semejante conflicto, tocó retirada, y los que habían quedado sanos se fueron a situar detrás de un pliegue del terreno, en donde se ocultaron mientras que se mandaba avisar al general Guise la desgracia que había ocurrido.

Este continuaba, entre tanto, el asalto a las trincheras españolas; las amenazas, las voces de mando por una parte y otra, los toques de corneta, el redoble de los tambores, el estrépito de la fusilería, el estruendo de los cañonazos, los gritos de dolor y de rabia que se oían, helaron por cierto la sangre a otros menos valientes y menos tenaces. Al fin los españoles hubieron de abandonar las trincheras y retirarse detrás de las primeras fortificaciones avanzadas, defendidas por gruesos muros. Los ingleses se apoderaron de las trincheras, dando gritos de triunfo, y llegaron hasta el pie de las murallas. Guise dio una gran voz.

—Capitán Keith, dijo, ¡que los americanos arrojen las escalas sobre los muros!

—¡Las escalas!, gritó este, volviéndose a los suyos. ¡Las escalas!

Todos se miraron espantados. ¡No aparecían las escalas! Algunos de los encargados de ellas, en medio de la confusión y la oscuridad de la marcha, las habían arrojado para apoderarse de algunos fusiles, con los cuales pelearon sobre las trincheras que acababan de tomar, sin acordarse de su cometido.

En aquel momento Guise recibía el parte que le mandaba el comandante de la columna encomendada a Grant; y supo la muerte de este y la

angustiosa situación en que se hallaban los que debían haber forzado ya la puerta por el camino de la derecha. Comprendió el general que a la venida del día, cuyas luces ya empezaban a teñir el cielo por el levante, todos perecerían, expuestos a los certeros tiros de los españoles, que no habían cesado de hacerles fuego, y, a pesar de la oscuridad, de matarles gente incesantemente.

—¡Un esfuerzo más para conseguir la victoria!, gritó entonces el general, y animando a sus tropas, volvieron de nuevo al ataque de las murallas. Con unas pocas escalas que habían encontrado botadas por el suelo, procuraron escalar el cercano muro... Algunos, y el primero de todos Keith, lograron subir por las escalas, en el momento en que la luz del día asomaba clara y serena por el lado de oriente. Un inmenso grito de rabia se dejó oír sobre las murallas del castillo al notar que el enemigo avanzaba sin cesar y que preparaba un esfuerzo heroico para tomar la plaza por asalto. Viose al mismo tiempo avanzar por los caminos de la playa un refuerzo de 500 hombres más, que mandaba el general Wentworth para que apoyasen el ataque de Guise.

—¡A ellos, a la bayoneta!, gritó el gobernador del fuerte, y saliendo los españoles de improviso por diferentes puertas, apoyados por la artillería situada sobre los muros, cargaron sobre los enemigos con tanto ímpetu, que les forzaron a volver la espalda y huir.

Guise, entonces, para cubrir la vergüenza de la fuga, mandó tocar retirada, la cual se ejecutó con algún orden, apoyada por la columna que había enviado Wentworth a auxiliarle. Los españoles no quisieron perseguir a los enemigos que huían, y después de recoger a los heridos y rezagados que habían quedado al pie de las murallas, entraron nuevamente en la fortaleza, mandaron tocar alegres dianas sobre las murallas, para que oyesen, por una parte el vencido enemigo, y por otra la ciudad de Cartagena, que había estado escuchando, sin saber el resultado del terrible combate, cuya duración fue de tres horas, con una furia medrosa y continua por uno y otro lado.

No hay concordancia entre los historiadores españoles e ingleses acerca de los muertos, heridos y prisioneros que resultaron de aquel combate. Sin embargo, vistos los estragos causados por un asalto como debió ser aquel, no ponemos nuestra confianza ni en los partes de los ingleses, que tenían interés en que no aparecieran tantas pérdidas, ni en los de los españoles, que naturalmente quisieron exagerar los frutos obtenidos por ellos con aquella victoria; el lector juzgará de ello lo que le parezca, pues le presentaremos los documentos de unos y otros.

Los partes ingleses dicen que en aquel asalto tuvieron 170 muertos —entre oficiales y soldados—, 459 heridos, muchos de ellos mortalmente, y 16 prisioneros.

Los españoles dijeron que los ingleses habían perdido 800 muertos y 200 prisioneros, estos casi todos mal heridos, en tanto que de los que defendían la fortaleza no hubo más bajas que las de 200 hombres, entre muertos y heridos.

Convínose por ambas partes en suspender las hostilidades durante algunas horas, para recoger los heridos y dar sepultura a los cadáveres. Concluído este deber, el 10 de abril se embarcaron los heridos ingleses, los cuales murieron casi en su totalidad, y mientras se hacía esto continuaron arrojando tiros los morteros que habían montado los invasores frente al castillo de San Lázaro, y este, contestando con brío, hacía bastante daño en el campamento enemigo.

Es preciso ahora que volvamos a buscar al capitán Keith, a quien dejamos en situación muy crítica, escalando los muros de la fortaleza, en el momento en que la claridad del día bañaba con serena luz el campo de batalla, sembrado de cadáveres y cubierto de sangre.

CAPITULO XI

EL DESENLACE DE TODO

Keith se había lanzado sobre la primera escala que fue puesta contra la muralla exterior del castillo de San Lázaro, y con toda la agilidad de un marino había subido por ella con la espada desenvainada y alentando con sus voces a los soldados que le seguían.

Pero no bien hubo dado el salto sobre el parapeto, cuando recibió una descarga cerrada, que le atravesó ambas piernas, y cayendo de redondo, largo a largo, quedó allí sin sentido, hasta que concluyó el combate y los españoles fueron a hacer las rondas sobre las murallas.

—¡Otro cadáver!, exclamó uno, y parece ser el de un oficial de alta graduación, añadió la voz.

—Es el de un marino, capitán de un navío de guerra por lo menos. Vea usted, señor don José de Leyva, los galones que lleva, repuso otro.

Al decir esto, volvió sobre el costado al supuesto muerto.

—¡Ay!, exclamó Keith, volviendo en sí.

—¡No ha muerto!, dijo el bueno de don José, y añadió, dirigiéndose a los que le acompañaban: es un gallardo joven. Que traigan una camilla para llevarle al hospital militar; quizá podremos salvarle.

Una pálida sonrisa se dibujó sobre los labios del herido, y murmuró entre dientes:

—¡Gracias!

—¡Habla español!, dijo el otro; así es mejor, porque nos podremos entender fácilmente.

En el momento en que iban a levantar al herido, este llamó al que le había amparado, y haciendo un esfuerzo, dijo con voz debilitada:

—Le he oído llamar a usted don José de Leyva. ¿Ese es el nombre de usted?

—Sí; pero...

—Tengo que hablarle antes de morir; no me abandone usted...

A pesar de los cuidados con que transportaron al herido al hospital militar, el dolor agudo que le causó el movimiento le hizo perder de nuevo el sentido.

—Será preciso amputarle ambas piernas, dijo el cirujano, después de examinarle cuidadosamente.

—¡Pobrecillo!, repuso don José de Leyva, el cual andaba vestido de militar, pues había tomado las armas para defender los muros de Cartagena, apenas se acercaron los enemigos; pero aquel día lo había pasado casi íntegro al lado del herido inglés, que parecía haberle cobrado súbito cariño.

—¿Qué hará así multilado?, añadió con acento de compasión.

Keith había recobrado su conocimiento, pero estaba muy débil, y casi no podía articular palabra. Sin embargo, algunas cucharadas de caldo que le administraron (1) le volvieron el ánimo.

—Prefiero la muerte, dijo al cirujano que le ponía los últimos vendajes, después de un minucioso examen. ¿No hay esperanza de salvarme de otro modo?

—En este clima no la hay... Y aún así la operación podrá costarle la vida; mi deber es advertírselo. Vendré dentro de dos horas a saber cuál es su resolución definitiva.

—Yo no temo la muerte, repuso Keith, y tanto menos, cuanto he tenido el gusto de encontrarme con el señor don José de Leyva.

Este le miró sorprendido.

—No entiendo, dijo, y hace doce horas que me devano el entendimiento para comprender cuál es el interés que usted me ha manifestado.

—Mi nombre es Roberto Keith...

—Sí será; pero...

—¿Es decir que usted nunca recibió una carta que tuve el honor de dirigirle ahora algunos meses?

—¡Una carta de usted a mí! ¿Y con qué objeto?

—Esta le explicará a usted el misterio, contestó Keith, sacando un papel cerrado de un bolsillo secreto de su chaqueta de marino, que aún conservaba puesta.

—¡Está dirigida a mí y fechada en Londres!...

—Efectivamente.

—¿Quién me puede escribir de Inglaterra?

—Vea usted la firma.

(1) Los ingleses confiesen en todas sus historias y documentos oficiales, que los prisioneros fueron tratados por los españoles con la mayor humanidad. El virrey mandó que trataran a los prisioneros heridos al igual de los españoles, y los que quedaron vivos, en el momento en que partió la expedición, fueron devueltos al almirante.

—¡Albertina de Leyva, esposa de Keith!... gritó el otro, mirando a' herido con asombro.

—Mi esposa, sí señor.

—¿Usted fue quien me arrebató mi hija de Portobelo? ¡Usted!

Y al decir esto se acercaba con aire amenazante al herido.

—Lea usted primero la carta de Albertina, contestó el capitán, y en seguida le daré todas las explicaciones que exija, pues yo...

No pudo hablar más, por ser extremada su debilidad.

Acercose Leyva a un mechero que ardía en un rincón del aposento —pues ya era de noche—, y no sin dificultad leyó una larga carta que su hija le había escrito, para el caso de que Keith se encontrase con su padre en Cartagena, por alguna casualidad. Cuando el español hubo concluido la lectura, se acercó de nuevo al capitán, y sin desarrugar el entrecejo, le dijo:

—¿Y quién me garantiza que usted no engañó a esa desgraciada, y que su matrimonio no sea una farsa para acallar sus escrúpulos?

—Mi palabra de honor, contestó el herido, y estos documentos que, con el objeto de satisfacer a usted, he traído de Londres.

Al decir esto le alargó un paquete de papeles.

Don José de Leyva los estuvo mirando largo rato, y al fin dijo:

—Yo no entiendo inglés.

—¿Y no habrá quién le explique a usted lo que allí está escrito?

—En Cartagena quizá... Iré a pedir licencia para pasar a la ciudad con un destacamento que debe ir a tomar órdenes del virrey dentro de un rato.

Y sin mirar al herido, salió desalado del hospital, y rato después bajaba del castillo con un piquete de soldados, con dirección a Cartagena.

Don José de Leyva permaneció ausente toda la noche, y no regresó al castillo de San Lázaro sino al romper el alba, y en el momento en que el capitán Keith estaba agonizando.

El cirujano no se había atrevido a hacerle la amputación, y entre tanto se le gangrenaron las heridas. Sin embargo, Keith reconoció a su suegro, le alargó la mano, se la apretó, y al entregarle un papel, le dijo, antes de expirar.

—Pida perdón a Albertina en mi nombre. Si la hice desgraciada... mi muerte la deja libre otra vez: mi deseo era hacerla feliz; otro quizá lo conseguirá.

El papel que entregó a don José de Leyva era la copia del testamento que había hecho en Londres antes de partir, y por el cual dejaba todos sus bienes a su viuda.

.....

Volvamos ahora al campamento de Wentworth, y veamos qué había sucedido allí después del frustrado asalto al castillo de San Lázaro. Aquello había hecho comprender a los ingleses que sería enteramente impracticable la toma de la plaza de Cartagena, e inútil, y hasta un crimen, acabar de hacer morir, delante de los inexpugnables muros de la ciudad, las tropas que habían quedado sanas. De hora en hora aumentaban las enfermedades, y el pánico que se había apoderado de todos no era de las balas del enemigo, sino de las fiebres y demás enfermedades que sus médicos no sabían curar y que habían matado ya casi las dos terceras partes del ejército y de los marinos. Por otra parte, la mala voluntad entre el almirante Vernon y el general Wentworth, crecía sin cesar: el primero no permitía que los buques y sus tripulaciones sirviesen en cosa alguna para el asedio y el ataque de la plaza, y el segundo aseguraba que la tropa sola no podría jamás obtener triunfo alguno.

Después de varios débiles ataques a la fortaleza de San Lázaro y a algunos de los baluartes avanzados de la ciudad, al fin se resolvió abandonar definitivamente la empresa. El 16 de abril se levantaron las tiendas de campaña; la tropa se formó sobre la playa, y fue embarcándose con todo orden en los botes enviados para el caso, sin que los españoles la hostilizasen en cosa alguna en su retirada.

La tropa y la marinería se ocuparon después en destruir los fuertes y castillos de la bahía, prender fuego a los buques de guerra que habían tomado a los españoles cerca de Boca Chica, y hacer todos los daños posibles en los lugares del contorno. Más de un mes gastaron en aquella obra de destrucción y en los preparativos para abandonar el asedio de la plaza. Entre tanto, continuaba la mortandad entre la tropa y los marinos, y no se oían sino los ayes de los moribundos y las imprecaciones de los enfermos y de los que temían estarlo.

Al tiempo de abandonar la bahía de Cartagena, la escuadra de Vernon dejaba sepultados en sus playas a más de nueve mil hombres, que perecieron, unos de resultas de los combates, pero la mayor parte víctimas de las enfermedades que les habían acometido. Dícese que murieron allí siete coroneles, tres tenientes coroneles, catorce capitanes y diez y ocho tenientes. Algunos historiadores aseguran que la pérdida de los ingleses no bajó de diez y ocho mil hombres; pero aquel concepto parece exagerado.

.....

Era ya el 20 de mayo, cuando los sitiados cartageneros tuvieron la satisfacción de ver desaparecer la última vela enemiga.

El virrey Eslava se había manejado con tanto valor personal, que aun recibió una herida, aunque leve; y en cuanto a su pericia y actividad, los historiadores no cesan de encomiarle. Ayudábale en todas aquellas faenas, sin descansar día ni noche, el jefe de escuadra don Blas de Lezo, a quien hemos visto que tanta ojeriza tenía al almirante Vernon, el cual tuvo que volverse a llevar las famosas medallas, con las que de antemano había pretendido humillarle.

Deseosísimo don José de Leyva de recuperar a su hija, que no podría indudablemente vivir contenta en Londres, lejos de su padre y de sus

compatriotas, pidió permiso al comodoro Ogle para embarcarse en un buque que este iba a despachar para Inglaterra, con el objeto de irse a reunir a Albertina y llevarle la noticia de la muerte de Keith.

Por haber partido con la escuadra inglesa, don José de Leyva no estuvo presente en la magnífica fiesta de iglesia que el virrey mandó celebrar con gran pompa en acción de gracias por el felicísimo triunfo obtenido sobre los ingleses.

El virrey Eslava fue premiado en España por el rey, que le concedió un título más alto de nobleza, a él y a su hijo mayor, y a su regreso a la madre patria le dio el ministerio de guerra.

Desgraciadamente don Blas de Lezo, fatigado con los muchos trabajos que tuvo en el sitio de Cartagena, sucumbió el 4 de septiembre de aquel mismo año, y sus huesos se conservan en la Ciudad Heroica. Como no hubiese tiempo de premiarle, el rey de España agració a su primogénito con el título de marqués de Ovieco, y le hizo otras mercedes.

En cuanto a Albertina de Leyva, no hemos podido averiguar qué fue de ella después de su regreso a Cartagena con su padre, adonde llegó un mes después de la muerte de don Blas de Lezo, y desembarcó en el momento en que se celebraban en la catedral de Cartagena unas suntuosas honras por el descanso de su alma.

.....

Hasta aquí el lector nos ha acompañado a través de los siglos, desde la primera expedición de piratas sobre Cartagena, encabezada por Roberto Baal, en 1544, hasta la frustrada tentativa del almirante Vernon, dos siglos después. Quisiéramos describir también el más heroico de los sitios que ha sufrido Cartagena: el del *pacificador* Morillo en 1815... Pero preferimos no discutir aquellos hechos dolorosísimos de la epopeya de nuestra independencia, en la cual los descendientes de los mismos que combatieron juntos para rechazar al extranjero, se hacían entre sí tan ruda guerra... Corramos un velo sobre aquellos acontecimientos; y por ahora no recordemos sino que las glorias de España fueron también las nuestras durante tres siglos en América, así como las habían celebrado nuestros mayores desde la época de Numancia hasta la de Zaragoza, bajo una misma bandera.

Bogotá, 12 de enero de 1886.